

Jaime Humberto Borja Gómez
***Los indios medievales de fray Pedro de Aguado:
construcción del idólatra y escritura de la historia en una
crónica del siglo XVI***

Bogotá: CEJA; Instituto Colombiano de Antropología e Historia;
Universidad Iberoamericana, 2002.
247 páginas. ISBN 958-683-546-4

María Cristina Pérez
Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín

Este libro es el resultado de la tesis doctoral presentada por el historiador Jaime Humberto Borja a la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México. La investigación surge del interés por explorar la narración de la historia en los textos de Indias, desde el entorno en que fueron producidos por los primeros conquistadores que escribieron sobre América y a partir del análisis de una escritura funcional que pretendía construir, desde la palabra, la nueva identidad del colonizado y su territorio, y que estaba vinculada esencialmente al pensamiento clásico, bíblico y medieval, lo que permitía, según expresa Borja, “comprender qué significó y qué significados tuvo escribir el viaje”. Con este propósito, el objeto de estudio del autor es el texto *Recopilación Historial*, escrito por fray Pedro Aguado en el Nuevo Reino de Granada, hacia finales de la década de 1570, y dividido en dos partes, cada una conformada por dos volúmenes: la primera alude al territorio del Nuevo Reino de Granada y la segunda hace referencia al área que corresponde a la Gobernación de Venezuela en el siglo XVI. Ambos ejemplares cuentan con las mismas características estructurales propias de la escritura de la época: se inicia la obra con una hoja preliminar, en la que se hace una dedicatoria especial al rey y se escribe un pequeño prólogo al lector; a su vez, cada texto se subdivide en pequeños libros y estos en diversos capítulos en los que se narran algunas características propias del territorio y de los personajes fundadores.

Para el estudio de la crónica, el autor parte de tres cuestiones generales: ¿Cómo está escrita la historia en una crónica del siglo XVI?, ¿qué es la historia para su autor? y ¿cómo se construye en el texto la figura discursiva que fray Pedro Aguado denomina indio? Esto con el propósito de probar “que la narración indígena respondía a una serie de moldes preestablecidos por la percepción retórica que para el siglo XVI hundía sus raíces en las representaciones de mundo de la tradición de la cristiandad medieval” (p. 6). Contrario al estudio realizado por los historiadores contemporáneos, que –según el autor– se han guiado por diversos paradigmas y conceptos modernos, como la objetividad de la fuente o la verdad, el hecho, sin

medir la gran distancia conceptual que separa la escritura del siglo XVI con respecto a la del siglo XIX, al tiempo que han desconocido la realidad social, cultural, política y religiosa de los cronistas, impidiendo analizar la obra en su contexto original. *Los indios medievales de fray Pedro de Aguado: construcción del idólatra y escritura de la historia en una crónica del siglo XVI* consta de cinco capítulos: el primero muestra a fray Pedro inmerso en la tradición franciscana de los siglos XIII y XIV. El segundo reconstruye lo que entendía Aguado por historia y de qué manera el discurso moral establecido por la sociedad del siglo XVI creaba una determinada imagen del indígena. El tercero muestra la manera como se llevó a cabo la “barbarización” del indígena, por oposición a las virtudes de los conquistadores. El cuarto se ocupa de la influencia de los textos bíblicos y de las teorías de los clásicos en la escritura de los textos de indias. El capítulo quinto describe la manera como se construye el relato como un ejemplo edificante, que intenta representar las características del buen cristiano y su devoción.

El autor inicia su explicación mostrando que la obra de fray Pedro Aguado responde necesariamente a la tradición imperante en las órdenes mendicantes de los siglos XIII y XIV en Europa, que debido al proceso de expansión y conquista cumplieron un importante papel relacionado con el acto de escribir y viajar. Estas órdenes se convirtieron en las herederas del ideal caballeresco y del espíritu de pobreza, sacrificio, penitencia y peregrinación, al tiempo que fueron partícipes de la evangelización de los no creyentes, es decir, de los grupos denominados “infieles”, proclamando la lucha contra la idolatría en los nuevos territorios. Este último aspecto es retomado especialmente en las crónicas de Indias, como lo muestra Borja al analizar el texto de Aguado, donde el cronista recoge la lucha emprendida por sus antecesores contra la herejía y le da continuidad al interés franciscano por adoptar el lenguaje local, que permitía transmitir la doctrina católica a los indígenas y familiarizarse con el nuevo espacio. Además, resalta el papel de los franciscanos en la escritura, como parte del oficio adoptado como viajeros, para los cuales la narración era uno de los principales elementos para el conocimiento del otro –en este caso, el indígena–, de sus tierras y de sus costumbres.

Un “otro” pensado como el que está más allá, en un lugar neutro del que se tenían pocas noticias, la mayoría de las cuales eran transmitidas en mitos y leyendas de la tradición clásica: la fuente de la eterna juventud, el Dorado, las siete ciudades de Cíbola, los ríos y las ciudades de plata. Los viajeros franciscanos salían de su espacio original, que era el “acá-europeo”, y Europa, como escenario de la cristiandad, fue presentada como el centro obligado y como la única realidad conocida. Para establecerse en un lugar nuevo y desconocido, era necesario comprender al otro, el del “más allá”, en función del espacio que ocupaba, y para comprender dicho lugar se hacía necesaria la escritura, que Borja establece –en el caso de Aguado– como un típico caso de escritura histórica producida en el siglo

XVI, en la que se empleaban dos elementos esenciales: la retórica, como técnica organizativa del discurso, y la utilización en los relatos de lugares comunes.

Acá, en un primer lugar, se hace necesario establecer la importancia que Borja le otorga a la retórica, que muestra como un elemento que establecía un conjunto de disposiciones o de reglas, respetadas en su conjunto y a las que cada uno de los cronistas les imprimía su toque personal, “su espíritu”, que las hacía en gran medida diferentes. No obstante, la mayoría de las crónicas de Indias tenían algo en común, la persuasión del lector a través de tres elementos esenciales de la retórica: enseñar, deleitar y mover. De igual forma, las instrucciones de la retórica buscaban que el lector no se percatara de la soberbia o de la arrogancia intelectual del escritor, creando una posible relación del discurso con personas o instituciones, como la Corona o la Iglesia, y suscitando adhesión, ya que las narraciones de Indias estaban dirigidas especialmente a proporcionar información, como una forma de plantear mecanismos que mejoraran las técnicas y relaciones de poder en el siglo XVI.

Por otro lado, se encuentra la intertextualidad clásica que permitió la creación de lugares comunes entre el cronista y sus lectores, recurriendo a códigos familiares para ambos, con el propósito de elaborar un discurso verosímil desde el cual la historia no solo se convertía en parte esencial de la memoria, sino también en maestra de vida, al reflejar los vicios y las virtudes o el vituperio y la alabanza. No la historia interpretada desde distintos sucesos verídicos, más bien una narración literaria que “utilizaba la tradición clásica para argumentar” los “hechos” que percibía la experiencia” (p. 65) y crear representaciones del entorno social mediadas por la escritura clásica sin que fueran expresiones totalmente reales.

El autor alude de manera minuciosa a la comprensión de un doble elemento, constante en la crónica de fray Pedro Aguado: los vicios y las virtudes, que además de hacer parte de la escritura de la historia del siglo XVI, como se planteó, eran esenciales en la creación de la imagen del indígena en la narración histórica, sin abordarlo desde su individualidad propiamente dicha, sino asumiéndolo como el “otro”, determinado como un modelo retórico que respondía necesariamente a las intenciones del cronista, quien lo identificaba a partir de la imagen adoptada de la tradición clásica, según las normas de la retórica, en la descripción del indio y sus actitudes. El indio retórico responde a una especie de realidad textual y no a una realidad aprehendida por la experiencia. Por lo tanto, se crean imágenes de vituperio y alabanza como una manera de reflejar actos de moralidad dignos de ser imitados en algunos casos o de ser rechazados en otros. Esta descripción del indígena como un ser oscuro debía ser comparada con la del héroe, es decir, con la claridad poseída por los españoles; hombres considerados como seres buenos, defensores de la moralidad, portadores de la rectitud y acreedores de la religiosidad.

Al abordar el tema de la imagen del indígena, el autor expone el trasfondo ideológico que se esconde tras la narración de fray Pedro Aguado, como la fuerte influencia de la Biblia y de los clásicos grecorromanos en la orden franciscana, fuentes que respaldaban las afirmaciones en cualquier campo de conocimiento humano, perceptible por medio de la realidad. Asimismo, estos eran elementos que condicionaban la escritura de la historia, explicando los hechos e interpretándolos, lo que daba cierta credibilidad a los escritos del siglo XVI. La Biblia era una importante fuente generadora de imágenes, narraciones y alucinaciones y una autoridad para los cronistas. Su lectura e interpretación estaba mediada por un consenso social, pues se tenía la certeza de que contenía verdades no solo doctrinales, sino también reales y, por consiguiente, cada relato era estimado como una revelación de carácter histórico. De igual forma, la Biblia poseía todos los géneros, desde la historia y la poética hasta relatos didácticos, científicos y jurídicos, lo que la convertía en un modelo narrativo por excelencia. Las narraciones del Antiguo y el Nuevo Testamento explicaban la realidad vivida en el pasado, al tiempo que simbolizaban también el presente. Se creía que el Antiguo Testamento estaba oculto en el Nuevo Testamento, puesto que todo lo que hacía parte de aquel era presagio de lo que seguramente ocurriría en este: Adán prefiguraba a Cristo y Eva a María, lo que dio paso a la teoría de los tipos de la tradición cristiana.

En cuanto a la influencia de los textos clásicos, el autor es claro al afirmar su importancia en la configuración del discurso de Aguado, quien los empleó esencialmente para argumentar aquellas virtudes sociales del hombre del siglo XVI. No obstante –según expresa Borja–, el cronista trató la información de forma anacrónica, puesto que tomó los argumentos de la Antigüedad y los equiparó con el presente, juntando todo en el mismo plano conceptual y temporal para otorgarle credibilidad a su relato. De esta manera, los temas grecorromanos de mayor importancia fueron retomados en la escritura de cronistas como Aguado y utilizados como modelos propicios de imitación, como sucedió con la guerra, la cual era adornada con gran cantidad de detalles, gestos, sermones, nombres, estrategias y acciones individuales. También se destaca entre los elementos utilizados por Aguado el mito de las Amazonas y la Edad de Oro inspirada en Cicerón.

En fin, el texto de Jaime Humberto Borja es una obra valiosa y amena que nos introduce en la narración que se tejió del indígena en las crónicas de Indias, a partir de un conjunto de técnicas de la retórica y de una intertextualidad fuertemente marcada por la tradición cristiana, clásica y medieval.